

iba arrojando a la playa. Por medio de un japon cristiano se entendieron y comenzó la gestión asombrosa de Vivero. Desnudo casi y sin medios logra hacer ver a aquellas gentes, de cuya existencia sus pilotos no sabían nada, que él era un gobernador de un archipiélago y que el naufragio no representaba su ruina. Con energía y tacto consigue que el *tono* o gobernador provincial lo reciba, y luego el que se hallaba por encima de él, llegando —vestido él y los de su séquito con «kimones» (así aparece en un escrito castellano, por primera vez, esta palabra)— hasta la persona del propio Emperador del Japón y de su poderosísimo «sogún», el terrible Daifusama.

De sus entrevistas no sólo saca que el Gobierno japonés —que nada sabía de un lejano Rey llamado Felipe— ponga un barco a su disposición, mediante la firma de un pagaré (que él hizo efectivo luego de su bolsa) por 4.000 pesos, y que se establezcan relaciones diplomáticas —¡las primeras!— entre las dos naciones. De estas entrevistas sale la política que se ha de seguir con los comerciantes holandeses, que intentaban minar el terreno a los misioneros católicos (españoles, naturalmente) e impedir la propagación del Catolicismo entre los nativos.

Regresado que fué a su patria, Vivero vivió aún mucho tiempo para poderse emplear con fortuna en las guerras, en la fortificación de las costas contra los piratas y enemigos marítimos de España. Y para poder es-

cribir los dos libros de que antes he dado el título.

* * *

A mí siempre me ha parecido Vivero una figura muy representativa de lo que era el español del tiempo del Imperio. En primer lugar lo importante es que «es uno de tantos», de tantos excelentes gobernadores coloniales como salieron de la raza y que el hecho de su medio anonimato es buena prueba de que la cantera en aquel tiempo parecía inagotable. En segundo lugar hay algo tremendamente revelador en su dignidad, que hace sea respetada la jerarquía de un naufrago, si éste *es alguien*, y que no lo hace por prurito de personal vanidad, sino porque así conviene al mejor servicio de España.

En tercer lugar, tan importante como lo anterior, que un hombre brillante, sí, pero que no estaba llamado a grandes destinos políticos o renovadores en algún campo de lo imperial, cuando las circunstancias exigen de él el pleno rendimiento, lo da. En otras palabras: que cuando el español ve en juego los grandes intereses a los que sirve, surge de él la figura de talla imperial. Vivero sin instrucciones, sin hombres armados, sin víveres, sin trajes, actúa en representación del Rey de España, inspira crédito con su persona y establece entre los antípodas casi unas relaciones diplomáticas.

Soldado y escritor, ambas cosas con la naturalidad del ejercicio físico, de la deportividad, Rodrigo de Vivero es sin duda una verdadera figura imperial.

